

## VIII

Eso es lo que vió la historia, y al terminar de referirlo lora roja de vergüenza.

Cuando se despierte la gran nación, cuando llegue el día de la expiación, espada de los días sangrientos, no salgas de la obscuridad.

No, no; que a más de un alma sombría, para castigar a ese traïdor, la impulsará esa necesidad. No volváis a mi mente, lúgubres visiones, recuerdos dolorosos; gendarmes con el sable desnudo, custodiando las carretas, redobles de tambores, pueblo gritando: «¡Infames!» ¡Muchedumbre llenando las azoteas, puertas y ventanas, calles y muelles; silenciosas plazas públicas, en las que se ven los triángulos oblicuos!...

Recorriamos tranquilamente nuestro camino, cada cual ocupado en un trabajo propio de este siglo; el poeta cantaba la obra inmensa de los hombres, la tribuna hablaba con su elocuente voz; íbamos destruyendo escudos, tronos, argollas y cadalsos; cada día hacíamos disminuir el odio y el sufrimiento; el género humano marchaba por la vía del progreso; Francia iba a la cabeza con la luz de la inspiración en la frente; pero llegaron esos hombres con él, con él, que es la afrenta viva, con él, que es el bandido que ungen con el óleo santo; vinieron trayéndonos el duelo, el asesinato, la muerte, los sudarios, el hierro, la sangre y el fuego... Esa es la simiente que han arrojado en los surcos del porvenir. Y entretanto, piedad, te estremeces, al oír estos gritos espantosos: «¡Venganza! ¡Represalias!»

Yo, proscrito, me ensangriento los pies con los abrojos del camino, y triste

y pensativo, ocultando la frente entre las dos manos, y me abstraigo pensando en los días que vendrán. Gigante de castos ojos y de acción rápida, que jamás se ve, ¡oh revolución!, ante tu altivo y colérico semblante tiemble la humanidad, y al cubrir con su cuerpo hasta a los malvados, se arrastre a tus pies y se retuerza los brazos: tú respetarás como hija su dolor amargo, y tú, virgen, te quedarás parada ante tu madre.

Trabajador robusto, obrero semidesnudo, segador enviado por el mismo Dios para segar en un día diez siglos de miserias, sin miedo, sin piedad, verídico, formidable y sincero; igual por la estatura al coloso romano; tú, coloso romano, que venciste la Europa; tú, que tomaste de la mano a los reyes y los lanzaste unos contra otros para acabar con los tiempos antiguos; tú, que salvaste la libertad por medio del terror; tú, que llevas este sombrío nombre: «Necesidad», en la historia en que tú brillas como un foco, permanece siempre solo, Titán del 93; nada vendrá tras de ti que sea tan grande como tú.

Naciste de un régimen en el que dominaba el espanto, y pesaba tu educación en tu cabeza emancipada y contra tu voluntad, hijo de la monarquía, imbuido de malas enseñanzas y de perniciosos ejemplos, como ella derramaste sangre, sin saber que ella te había enseñado a practicar la pena de muerte y la ley del odio, y derribando a tiranos, a parlamentos, a reyes y a Capetos, te sublevas contra ellos, pero como ellos castigabas.

Nosotros, gracias a ti, gigante que ganaste nuestra causa, somos hijos de la libertad y no sabemos otra cosa sino que Francia quiere en la actualidad que el amor alumbra a toda la tierra, que

la fraternidad pura siga la ley santa de Jesucristo. Esa es la ley que está escrita en la naturaleza: «Amaos los unos a los otros.»—Seamos hermanos; tengamos fijas las miradas en esa idea, ángel de divinos rayos, en esa idea que es a la que todo cede y todo lo ilumina demostrando su santidad en su propia cólera y dejando siempre incólumes los principios. No basta ser vencedores; lo que importa es permanecer siendo grandes. Cuando consigamos ver a ese abyecto traïdor, pálido y estremecido, afirmemos el progreso por medio del castigo que se le imponga: la vergüenza, pero no la muerte.

Pueblos, echemos el velo del olvido sobre el espantoso pasado de los reyes; dejemos abolidos para siempre los tormentos, las cuchillas, los tajos y las horcas. Apresuremos la hora prometida a las naciones futuras, en la que, tranquila y sonriente para los buenos, y hasta para los ingratos, la concordia estreche a los hombres en sus brazos, inclinando hacia nosotros su frente venerable. Que no pueda decir ese miserable que el mundo ha retrocedido en

su camino sublime, ni que Jesús y Voltaire hayan hablado en vano, ni que no es verdad que después de tantos esfuerzos y de tantos sufrimientos, nuestra época haya consagrado la vida humana. No basta un momento de indignación para perder el tesoro que han acumulado los siglos. Se puede ser severo y economizar la sangre. Que no se diga que a causa de ese hombre la guillotina y el cesto horrible, que febrero indignado cogió y arrojó a la cloaca, han vuelto a levantar su cuchilla entre sus rojos brazos y eleva su siniestra marca hacia el cielo estrellado.

## IX

Musa de la indignación, que Juvenal te deseaba henchida de lava ardiente; tú, cuya claridad brilla en los ojos fijos del Dante, ven, ven y erijamos ahora en ese imperio feliz y radiante, y a pesar de esa victoria arrancada a la violencia, bastantes picotas para formar con ellas una epopeya.

Jersey, noviembre de 1852

## LIBRO PRIMERO

## ¡LA SOCIEDAD SE HA SALVADO!

## I

Francia, ahora que te prosternas y el tirano tiene puesto su pie sobre tu cerviz, la voz saldrá de las cavernas y se estremecerán los encadenados.

El desterrado, de pie en la playa,

contempla las estrellas y las olas, y como el que habla entre sueños, hablará en voz alta en la obscuridad; sus palabras amenazadoras brillarán como relámpagos; serán como manos que pasan de noche durante el sueño empuñando espadas.

Harán que los mármoles se estre-

mezcan, y los montes que ensombrecen la noche y las copas de los árboles mugirán bajo el negro cielo.

Serán el bronce que suena, el graznido que lanzan los cuervos, el soplo desconocido que hace estremecer las briznas de la hierba en la tumba.

Ellas gritarán:—«¡Que por siempre se cubran de ignominia los infames, los opresores y los asesinos.» Esas palabras harán un llamamiento a las almas, semejante a un llamamiento a los guerreros para pelear.

Se cernerán sobre las razas que se transforman como hórrido huracán, y si los que viven duermen, los que están muertos se despertarán.

Jersey, agosto de 1853.

## II

### TOLÓN

#### I

En aquella época cayó una ciudad en poder de los ingleses, dueños de los vastos mares, la que, batida por el cañón y asustada por el terror, desaparecía entre los resplandores.

Era una ciudad que el estampido hacía retemblar a la caída de la noche, al rayar el día en que Albión la cogió con sus garras y que la República se recordaba.

En la rada corrían fragatas asesinas; los pabellones colgaban hechos jirones por las balas, y sobre la frente tempestuosa de las negras baterías flotaba densa humareda.

Se oían rugir los fuertes, estallar las cargas de pólvora, los brulotes lanzaban llamas sobre las ondas brillantes, y como un astro espantoso, que se deshace en rayos, en la obscuridad estallaba la bomba.

¡Historia sombría e ilustre página de aquel tiempo! Allí todo se mezclaba y confundía; el mástil cortado, la muralla destruída, los obuses, los silbatos de los contramaestres y la sombra, el horror y el ruido.

Entonces, Francia, llenabas toda la tierra con el choque prodigioso de tus rebeliones; los reyes lanzaban contra ti al tigre y a la pantera, y tú les echabas leones.

Entonces la República tenía catorce ejércitos y luchaba en los montes y en los Océanos; la gloria de cien victorias llevábalas el viento a todas partes, y de esas victorias salían gigantes.

Entonces aparecían espléndidas auroras; desconocidos que de repente deslumbraban, aparecían haciendo sonar al clarín de la Fama sus nombres misteriosos.

Entregaban su vida como sublime ofrenda, gritando:—«¡Libertad! ¡Guerra a los tiranos! ¡Mueran! ¡Guerra! Y la gloria abría sus vastas alas sobre aquellas cabezas jóvenes.

#### II

Hoy día sólo oprobio encierra esa ciudad. Allí está el que es abyecto, horrible y malhechor; el que arrastró el honor por el fango o anegó el alma en sangre; allí está el monedero falso, el perjuró, el que robó en el peso y la medida, el bandido que se embosca para

### III

asaltar a los caminantes de noche y en el bosque; allí están el pirata repugnante, el ladrón, el falsario, el parricida y el bandido.

El que sale de un palacio y el que sale de una pocilga se encuentran con una mano, fría como un cerrojo, que les pone una chaqueta roja y una argolla al cuello.

Brilla la aurora sombría para ellos y roja para nosotros. ¡Vamos! ¡En pie! Se encaminan hacia el sombrío Océano, y parece que sus cadenas se despiertan al mismo tiempo que ellos y les digan:—«Vamos, aquí estoy.»

Caminan, presentando las manillas al martillo, y con el remache de sus cadenas mezclan el ruido de sus pasos, arrastrando andrajos rojos, asquerosos, furiosos y repugnantes.

Con los pies desnudos, el gorro calado hasta las orejas, trabajando desde el amanecer, con la mirada mortecina y con los miembros entumecidos, horadan peñascos, arrastran piedras incesantemente, ayer, hoy, mañana y siempre.

Llueva o brille el sol, en invierno o en verano, que junio abrase o que enero llore, se cumple su destino, teniendo por única alegría el recuerdo de sus crímenes y por lecho una tabla.

Por la noche, como a un rebaño, los cuenta un vil capataz, suben por parejas la escalera del pontón, aniquilados, rendidos, con el corazón rebosando de vergüenza y el busto doblado por los golpes del palo.

Un solo e implacable pensamiento bulle siempre en sus cerebros. Muertos-vivos, consagrados al trabajo y marcados en la frente, se arrastran, recibiendo latigazos como bestias y afrentas como hombres.

Ciudad en la que se ha sembrado la infamia y la gloria, en la que el hierro corta los cabellos del presidiario, ¡oh, Tolón! por ti donde los tíos empiezan es preciso que acaben los sobrinos.

Ve allí, maldito, esa bala, que en los tiempos estoicos el gran soldado, sobre el que su oprobio asienta, ponía en los cañones con sus heroicas manos, tú debes arrastrarla con los pies.

Bruselas, 12 de diciembre de 1851.

### III

Acercaos y veréis un grupo de devotos que mascullan un *Benedicat vos*: son padres azotadores del siglo, que a la fuerza quieren llevarnos al cielo. Desdichados escritorzuolos, arman querellas de palabras sobre la inmortalidad del alma, sobre Jesús y los dogmas, como un Bizancio en la época de los Juanes y de los Eudoxios. No hay que confiar en ellos; son agudos ortodoxos que hubieran indignado a Juvenal. La vieja rica recrea sus ojos grises paseándolos por el periódico, como las grullas y las becadas sobre los pantanos. Ellos citan a Poquelín, Pascal, Rousseau, Boccaccio, Voltaire y Diderot, el águila de vuelo desigual, enfrente del oficial y del teólogo. Siendo para esos santos varones el espíritu cosa molesta, lo despiden y ponen a Escobar al frente de sus filas y lo expenden a los desdichados, que lo toman contentos, pagando cuatro francos cada mes. Con el antiguo jabón de los astutos jesuitas quieren lavar nuestra época incrédula y pensadora, y servirse de las cenizas de la ho-

guera para hacer lejía. Su gaceta, que destila veneno, es la única que se recibe en el Paraíso. En él viven todos poderosos; mientras que sus falanges predicán aquí abajo el diezmo y prohíben la prebenda, hacen su agosto en la morada de Jehová. El ángel de la espada de fuego les abre de par en par las suspiradas puertas. Todas las mañanas, a la hora en que los pájaros lanzan sus primeros trinos, cuando el alba asoma en los cielos, ruborizándose de las obras de los hombres, ellos trepan allá arriba, llegan hasta las puertas donde está San Pedro y arrojan a sus pies al impudente periódico. Escriben a Dios, como si fuera su administrador, criticando, pidiéndole cuenta de las revoluciones, de los vientos, del astro de límpida mirada, de lo que hace progresar al mundo y adelantar a nuestro espíritu, y el timbre que adorna la Eucaristía lo ponen como sello de sus cartas. Jamás marqués alguno, viendo atascada su carroza, trató con mayor desconsideración a su cochero, hasta el punto que ese pobre Dios, temblando, no sabe dónde ocultarse cuando les ve enfadados. Han suprimido a Roma del mismo modo que hubieran destruido a Esparta. Esos bellacos son los admiradores de Bonaparte.

## IV

A LOS MUERTOS DEL 4 DE DICIEMBRE

Goza el reposo que os concede el Señor. Antes tal vez perturbaban vuestros corazones sueños vanos, quizá os torturaban el error, el odio o la envidia, y vuestras bocas, de las que salía el hálito vital, estaban temblorosas.

Con semblantes parecidos unos a otros, ibais y veníais en confuso tropel

por las calles, sin deteneros, inquietos como el agua que brota de las fuentes, caminando sin rumbo, sufriendo las mismas penas, confundiendo los mismos pasos.

Tal vez en vuestro cerebro bullían los mismo proyectos y las mismas esperanzas: los de derribar al hombre del Eliseo y al hombre del Vaticano; para que el espíritu, enteramente libre, extiende su vuelo por el mundo; porque en este siglo de fuego, cada alma es un cráter y cada pueblo un volcán.

Amabais, teniendo el corazón cargado de cadenas, y por la noche, entregados a temores vanos, experimentabais inquietudes dolorosas; así como el Océano remueve sus ondas, sentíais agitarse en vosotros profundas turbaciones. Ya fuéis inteligencias activas, ardientes y emprendedoras, ya espíritus superiores, ya brilláseis en la juventud, ya camináseis encorvados bajo el peso de la vejez, ya gozáseis de destino alegre, ya sucumbieseis al destino infame, siempre sentiríais en vuestros corazones el amor, que es una tempestad, y el dolor, que es un combate. Gracias al 4 de diciembre, vuestro pensamiento ya no se agita, y tendidos yacéis en la helada fosa, amortajados con el sudario: ahora crece ya la hierba sobre vuestras tumbas. ¡Dormid tranquilos en vuestro sepulcro! El Imperio es la paz.

Jersey; diciembre de 1852.

## V

AQUELLA NOCHE

Se hallaba en el Eliseo acompañado de tres amigos; desde el exterior veían brillar la luz a través de las ventanas

Contemplaba la hora, viendo andar la aguja del reloj, silencioso, absorto, discutiendo cómo ligaría el nombre illustre de Bonaparte a las proezas de Cartouche, esperando que sonase la hora de realizar la feroz emboscada. Entretanto, cruzado de piernas, atizaba el fuego encendido en la chimenea. De pronto dijo el traidor: — «Esta noche Las San Bartolomé son aún posibles. París duerme como en los tiempos de Carlos de Valois, y entretanto, vosotros, amigos míos, meteréis todas las leyes en un saco, y por encima del puente las arrojaréis al Sena.»

¡Oh, rufianes, hijos espurios de la fortuna obscena, nacidos del vergonzoso ayuntamiento de la intriga y de la suerte, al pensar en vosotros brotan los versos indignados de mi mente, y mi corazón tempestuoso ruge en el pecho, como el añoso roble agitado en la selva por el huracán!

Quando salían de casa de Bancal, Morny, Maupas, el tahir, y Saint-Arnaud, el chacal, viendo pasar ese grupo taciturno y oblicuo, los campanarios de París tocando la hora nocturna esforzándose en vano por imitar el toque de rebato: los empedrados de Julio gritaban: — «¡Al asesino!» Los espectros sangrientos de las antiguas carnicerías se despertaron de sus sepulcros, y unos a otros se mostraban con el dedo a estos personajes. La Marsellesa, arcángel de los cantos aéreos, murmuraba en el espacio: — «¡A las armas, ciudadanos!» París dormía; pero pronto en las plazas y en los muelles, los soldados, dócil populacho, genízaros con-

ducidos por Reybell y Sauboul, mercenarios como en Bizancio y ebrios como en Stamboul y otros que dirigían Duttore de Bonaparte a las proezas de Cartouche, esperando que sonase la hora de realizar la feroz emboscada. Entretanto, cruzado de piernas, atizaba el fuego encendido en la chimenea. De pronto dijo el traidor: — «Esta noche Las San Bartolomé son aún posibles. París duerme como en los tiempos de Carlos de Valois, y entretanto, vosotros, amigos míos, meteréis todas las leyes en un saco, y por encima del puente las arrojaréis al Sena.»

\*  
\* \*

¡Oh cosacos, salteadores de caminos, asesinos, generales bandidos, que debíais terminar vuestra vida en presidio; por crímenes menos graves hubo jueces en otro tiempo que quemaron a Voisin y enrodaron vivo a Desrues!

Apareció la luz del día alumbrando el infame bando y el cobarde armamento de aquellos rateros atrevidos. La noche, que es la cómplice de los bandidos, huyó, y recogiendo apresuradamente sus velos, entre los pliegues se llevó las estrellas y las mil luces que brillan en la obscuridad, como la mujer prostituida se lleva los cequíes de oro, vestida ya, después de haber recibido los besos del crimen.

Bruselas, enero de 1852.

## VI

EL «TE-DEUM» DEL 1.º DE ENERO DE 1852

Sacerdote, tu misa, eco de los fuegos de pelotón, es impía: detrás de ti, con la barbilla apoyada en la mano, acurrucada, la muerte se te burla.

Sacerdote, en los cielos de donde procedemos se estremecen los ángeles y las vírgenes, cuando el obispo se sirve de la mecha de los cañones para encender los cirios del altar.

Quieres ser senador, ocupar posición alta y hacer fortuna; perfectamente; pero para bendecir al hombre aguarda a que laven el empedrado de las calles.

¡Pueblos, glorificad a Gesler y que muera Guillermo Tell! Del órgano sale un estertor... Arzobispo, el ara de tu altar lo han fabricado con una losa de sepulcro.

Cuando dices:—«*Te-Deum*, os alabamos, Señor, Dios fuerte, Dios de Sabaoth y de los ejércitos...», se mezcla con el incienso el vapor que se escapa de las tumbas mal cerradas.

Han matado por la noche, han matado durante el día a hombres, a niños y a mujeres. Crímenes y luto por todas partes. Ya no vuela en Nuestra Señora el águila, sino el buitro.

Prodigia a ese bandido adoraciones; mártires, vosotros las oís. Dios mira desde el cielo tus bendiciones, y no las aprobará.

Los proscritos encerrados en las cámaras de los negros pontones se dirigen, ya a Argel, ya a Cayena; vieron a Bonaparte en París y en Africa verán la hiena.

Trabajadores, aldeanos, arrancados de vuestros talleres y de vuestros campos, las negruras del destierro os aguardan. Mira a tu derecha, monseñor Sibour; mira también a tu izquierda; verás cómo tu diácono es la Traición y tu subdiácono el Robo; vende a tu Dios, vende tu alma. ¡Vamos, cálate la mitra, coge el báculo, viejo e infame sacerdote!

El asesinato te sirve en el oficio di-

vino, pronunciando estas sacrílegas palabras:—«¡Fuego al que se mueva!» Satanás te sirve las vinajeras, y no es vino el líquido rojo que escancia en el cáliz.

Bruselas, 3 de enero de 1852.

## VII

### AD MAJOREM DEI GLORIAM

Verdaderamente, nuestro siglo es en extremo cándido. ¡Se imagina, acaso, que las cenizas de las hogueras están completamente extinguidas, que no ha quedado un pequeño tizón para encender una sola antorcha. Son insensatos los que creen que llamándonos jesuitas nos cubren de ignominia. Los jesuitas les reservan la censura, la mordaza y la hoguera, y llegará el día en que serán los señores de sus señores.

(*El padre Roothaan, general de los jesuitas, en la conferencia de Chiari.*)

Nos dicen:—«Seremos vencedores y señores. Soldados por la táctica y sacerdotes por el hábito, destruiremos progreso, leyes, virtudes, derechos y talentos; nos edificaremos un fuerte con todos esos escombros, nos fortificaremos en él, y desde allí, como alanos sombríos, nos quitaremos el bozal de los prejuicios para aullar.

La hora es conveniente, la guerra es necesaria; tenéis que aceptar la ignorancia y la miseria; porque al orgullo del tribuno triunfante le espera el infierno; el hombre se convierte en ángel cuando vive en la ignorancia. Nuestro gobierno, fuerte y astuto, amordazará al padre y embrutecerá al hijo.

Nuestras palabras opuestas a las del

siglo actual, caerán desde el púlpito como copos de nieve sobre la multitud, refrescarán los corazones irresolutos, helando en ellos los gérmenes útiles o saludables, y después los fundirán como la nieve en la tierra, y el que los busque ya no los podrá encontrar.

Únicamente frío glacial se habrá apoderado de todas las almas; únicamente en las nuestras habrá fuego, y si alguno dijera a los franceses de entonces:—«Salvad la libertad, por la que vuestros padres derramaron la sangre», los franceses educados a nuestro modo se reirían de la libertad muerta y de sus padres enterrados.

Como sacerdotes, inscribiremos en nuestra bandera estas palabras: *Orden, Religión, Propiedad, Familia*; y si algún bandido, corso, judío o pagano viene a ayudarnos, con el perjurio en los labios, el sable en los dientes y la antorcha en la mano, sangriento y feroz, robando y matando, le diremos:—«¡Haces bien!»

Siendo vencedores y fortificándonos en sitios inexpugnables, viviremos arrogantes, venerados y temidos. En el fondo, ¿qué nos importan Cristo, Mahoma o Mithra? Reinan es nuestro objeto y nuestro medio proscibir. Si alguna vez oyen nuestras carcajadas, temblará el fondo oscuro del corazón del hombre. Nosotros aherrojaremos las armas en el fondo de una taberna.

Naciones, el ideal del pueblo que queremos gobernar debe ser el fraile de España o el fellah del Nilo. ¡Abajo la inteligencia! ¡Abajo el derecho! ¡Viva la espada! ¿Qué es el pensamiento? Un perro hidrófobo. Metamos en presidio a Juan Jacobo Rousseau y a Voltaire en una casa de fieras.

Si la inteligencia se rebela, la ahogaremos como siempre. Hablaremos a flor de oído a las mujeres. Seremos dueños de los pontones, del Africa, de Spielberg. Las antiguas hogueras están extinguidas, pero nosotros las reviviremos; si no podemos arrojar en ellas a los hombres, quemaremos sus libros; a falta de Juan Huss, quemaremos a Guttemberg.

Y en cuanto a la razón que pretende juzgar a Roma, antorcha que Dios enciende en el cerebro del hombre, que iluminaba a Sócrates y que guiaba a Jesús, nosotros, semejantes al ladrón que se desliza y arrastra y comienza por apagar la luz apenas entra, nos deslizaremos furtivamente y soplaremos hasta extinguirla.

Entonces reinará en el alma humana profunda obscuridad. En el anonadamiento de los corazones fundaremos nuestro verdadero poder, y haremos sin ruido y sin estorbo todo lo que queramos. Ni un hilillo de voz, ni un batir de alas se percibirá en la sombra, y nuestra ciudadela será una torre más negra que la noche.

Reinaremos. Las turbas nos obedecerán. Seremos omnipotentes; gobernaremos el mundo; lo poseeremos todo: fuerza, gloria y felicidad; y nada temeremos careciendo de fe y de reglas...—«Aunque habitaréis la montaña de las águilas, os arrancaría de allí», les dice el Señor.

Jersey, noviembre de 1852.

## VIII

## A UN MÁRTIR

En los *Anales de la propagación de la fe* se lee lo siguiente: «Una carta de Hong-Kong, China, con fecha 24 de julio de 1852, nos anuncia que Bonnard, misionero de Tong-King, fué decapitado por la fe el día 1.º de mayo del próximo pasado.

»Ese nuevo mártir había nacido en la diócesis de Lyon y pertenecía a la Sociedad de Misiones extranjeras. Partió para Tong-King en 1849.»

## I

¡Oh santo sacerdote!, ¡alma generosa!, ¡me postro de rodillas ante ti! Era joven todavía, podía haber vivido muchos años; gozaba de la edad en que florece la dicha, y contemplando la cruz de Jesucristo, que brilla en medio de las tinieblas, dijo:—«Dios del progreso y del amor, el que ve tu frente, cree ver la luz del día; Cristo sonrío al que le mata. Puesto que murió por salvarnos, quiero morir por El. Desde su tumba, cuya piedra me sirve de apoyo, me llama con dulce voz.

»Su doctrina entreabre el cielo. Lleva de la mano a la humanidad, como un padre a su hijo. Por El existimos. De la cabecera de la cama de los carceleros, que duermen, El se apodera de las llaves de todas las prisiones y da libertad a todos los hombres.

»A pesar de esto, lejos de nosotros vive otra humanidad, que no le conoce, que se arrastra encadenada a la iniquidad, y en ella sufre y muere: para encontrar a Dios hace tenebrosos esfuerzos y se agita inútilmente; aseméjan-

se a muertos que arañan las paredes de sus tumbas. Sin ley, sin objeto y sin guía, caminan errantes esos hombres, que no son malvados, sino ignorantes, que no les tocó parte alguna del botín de la gran conquista. Allí iré yo. Para salvarlos dejo el lugar santo. ¡Hermanos míos, vengo a traeros a mi Dios, vengo a entregaros mi cabeza!»

Como fué buen sacerdote y vivía tranquilo en nuestros días turbulentos, se acordó de que Jesús dijo a los apóstoles:—«Desafiad los peligros y las guerras.» Y recordó estas otras palabras:—«Amándoos, hermanos míos, cicatrizaréis mis heridas.»

Creyó que debía iluminar la noche que envolvía a aquellos pueblos extraviados del camino del progreso, cuyas almas cubren tupidos velos, y se dirigió allí desafiando las tormentas y las olas encrespadas y caminó hacia los horribles patíbulos y los sangrientos tajos con la mirada fija en los cielos.

## II

Llegó allí a predicar a aquellos pueblos como apóstol, y allí le degollaron.

## III

Mientras entre aquellos bárbaros se levanta tu patíbulo, ostentando tus miembros yertos; mientras los perros se sacian de tu sangre y las avispas ensayan un alegre vuelo para entrar en tu boca como en una colmena y zumban al sol en las cuencas de tus ojos; mientras desmelenada, sin voz y sin párpados tu pálida cabeza está clavada en un poste infame sirviendo de blanco a las piedras, aquí, ¡oh mártir!, venden a tu Dios.

El Dios por quien tú mueres entre-

gan aquí a Mandrín hombres que como tú se imponen la estola, por ambición de llegar a ser cardenales o senadores; para obtener palacios, carrozas y jardines, que en verano retraten el azul del cielo; para platear la mitra y dorar los báculos; para beber buen vino sentados al amor de buena lumbre.

Esos sacerdotes entregan tu Dios al malvado, cuyas manos mancha la sangre del crimen; al ladrón opulentísimo, que les paga y se sonríe. Vuélvete a mirarlos, mártir, y verás cómo venden a Jesucristo.

Ellos entregan al bandido, por algunos sacos de oro, el evangelio, la ley, el altar, la justicia y la estrella del corazón humano: ¡la verdad!

Los buenos son arrojados vivos al presidio; los muertos al río; el hombre justo es proscrito por Cartouche Sylla, el inocente asesinado. El sagrado duelo de las viudas, el llanto de los huérfanos, todo lo venden, todo: la fe, el juramento hecho en nombre de Dios, el santo templo donde tú, muriendo, dices *Introibo*; todo: pudor, virtud. Mártir, míralos, dirige hacia ellos tus ojos que llenan de luz las tumbas, y los verás vender el arca augusta donde la hostia resplandece. Ellos venden a Cristo, sus miembros destrozados, el sudor que destila su frente, los clavos que traspasan sus manos y sus pies.

Ellos venden a los bribones que atraen a sus casas el Crucificado, venden su palabra, venden su martirio del que sobre todo hacen un negocio: tanto por los azotes que recibió, tanto por el amén, tanto por el aleluya, tanto por las piedras que hirieron su cabeza muerta, tanto por el trapo rojo con que enjugaron su frente.

Ellos venden sus rodillas magulladas, la llaga de su costado, sus ojos que

abarcan el infinito, sus lágrimas, su agonía, su boca entreabierta y las palmas que salen de sus labios: Gamma Sabacthani...

Ellos venden el sepulcro, las tinieblas, los serafines cantando en el umbral de los cielos, y la Madre que al pie del árbol de brazos fúnebres, del que pende su Hijo, levanta hacia éste sus ojos lacrimosos.

Sí, estos obispos, estos mercaderes, estos sacerdotes, venden a tu Dios a ese histrión coronado, a ese Nerón que se sonríe en medio de los traidores teniendo un pie puesto en Thrascas y un codo en Phriné; al bandido que ha pisoteado tu ley, al pirata emperador Napoleón el último, dos veces borracho, más inmundo que feroz, puerco en las cloacas, lobo en los osarios.

Jersey, diciembre de 1852.

## IX

## EL ARTE Y EL PUEBLO

## I

El arte es la gloria y la alegría; alumbra en medio de la tempestad y da fulgores al cielo azul; el arte es el esplendor universal que brilla en la frente del pueblo como el astro en la frente de Dios.

\*  
\*\*

El arte es el canto magnífico que agrada al corazón tranquilo, el canto que la ciudad entona a los bosques y el hombre entona a las mujeres, y que todas las voces del alma armoniosamente entonan a coro.

El arte es el pensamiento humano, que va rompiendo todas las cadenas; el arte es el dulce conquistador; suyos son el Rin y el Tíber; hace libre al pueblo esclavo y grande al pueblo libre.

## II

Francia, buena e invencible, canta tu apacible canción, canta y mira al cielo; tu voz alegre y clara da la esperanza al mundo, ¡oh gran pueblo de la fraternidad!

Canta, buen pueblo, cuando nace la aurora; canta cuando llega la noche; el trabajo da alegría; riete del antiguo siglo que pasó; canta al amor en voz baja y en tono alto a la libertad.

Canta a la santa Italia, a la Polonia amortajada, a Nápoles que sangre noble enrojece, a la Hungría moribunda... Tiranos, el pueblo canta como el león ruge.

París, 6 de noviembre de 1851.

## X

## CANCIÓN

Cortesianos que rodeáis la mesa de la espléndida orgía riendo y bebiendo, celebrad al César bueno, grande y puro, y apostatando de todo lo venerable, apurad copas llenas de Chipre y la ignominia en vasos rebosantes. Comed, que yo prefiero el pan duro de la verdad.

\*  
\* \*

Bolsista, que trasquilas al pueblo; usurero, que le engañas, alegres gastrónomos, bellacos y ricos, amigos de

Fould el judío y de Maupas el tahir, dejad que el pobre vierta lágrimas en el umbral de la puerta de vuestro palacio... engordad, daos buena vida... Comed, que yo prefiero el pan seco de la probidad.

\*  
\* \*

El oprobio es una lepra y el crimen es una tiña. — Soldados que regresáis del bulevar de Montmartre, con el uniforme manchado de vino y de sangre, cantad también. Ocupa la mesa toda la Escuela militar, el festín humea, están brindando, están bebiendo, ruedan borrachos por el suelo... Comed, que yo prefiero, ¡oh gloria!, tu pan moreno.

\*  
\* \*

Pueblo de los arrabales, vi que fuiste sublime y ahora te veo esclavo, seducido por el crimen, con más dinero en el bolsillo y con menos altivez en el corazón. Vete, arrastrando la cadena al cuello, a divertirte y a reír en las barreras, y ¡viva el emperador y viva el salario!... Comed, que yo prefiero, ¡oh libertad!, tu pan negro.

Jersey, diciembre de 1852.

## XI

## I

Estoy convencido que inventarán mentiras sin nombre para escaparse de las manos de la verdad severa; que negarán, diciendo:—«No soy yo, es él.» ¿No es cierto, Dante y Esquilo, profetas, que jamás de las manos de los poe-

tas han podido huir los malhechores cuando los habéis acogotado? Los he encerrado en mi libro expiatorio, he corrido los cerrojos de la historia, y la historia es hoy día un presidio para ellos.

El poeta es algo más que un espíritu que sueña y reza, porque posee la gran llave de la Conserjería; cuando entra en la cárcel, en la que del clavo pende una cadena, registra los bolsillos del príncipe, lo mismo que los del ratero, y examina las espaldas de los emperadores. Para él, Macbeth es un estafador y César un fullero. Estrofas mías, vigilad a esos forzados: Calíope puede también llevar el registro de los presos de la cárcel.

## II

Pueblos desgraciados, necesitáis que alguno os venga. Los fríos retóricos que han dicho:—«El poeta es un ángel que se cierne en el espacio», ignorando quiénes son Fould, Magnán, Morny, ni Maupas, pasa la vida contemplando por la noche las estrellas del cielo... No será así: mientras seáis cómplices de los crímenes horrendos que sigo yo paso a paso, mientras cubráis con vuestro manto a esos bandidos, no os miraré, cielos azules, estrellas de la noche.

En tanto que ese hombre amordace todas las bocas; mientras la libertad muerta y acabada de estrangular; mientras yazga en el suelo, como una mujer tras en los pontones se oigan los estertores de la agonía, yo haré brillar claridades sepulcrales en todas las frentes abyectas que ese bandido hace humillar, y gritaré:—«Levántate, pueblo; desencadena tus rayos, cielo.», y Francia, en la profunda noche en que está sumida, verá llamear mi antorcha.

## III

Esos viles granujas que convierten a Francia en China, oirán el chasquido de mi látigo que descargo en sus espaldas. Mientras ellos cantan *Te Deum*, yo gritaré: ¡*Memento!* Azotaré a los hombres, a los hechos, a los títulos, a los sables y a las mitras, y les apretaré mis versos como tornillos. Veréis cómo castigo a sobrepellices, charreteras y a breviaros, y veréis cómo César huye, arrastrando su manto.

Y los campos, las praderas, los lagos, las flores, las llanuras, las nubes que semejan vellones de lana, las aguas que estremecen a las algas, el Océano, hidra de verdes escamas, los bosques ru-morosos, el faro de las costas, la estrella sobre las montañas, me reconocerán, y se dirán unos a otros en voz baja:— «Es un espíritu vengador que pasa persiguiendo a los demonios.»

Jersey, noviembre de 1852.

## XII

## MAPA DE EUROPA

En todas partes se ve brillar el sable y mentir al altar. Los que se llaman príncipes juran en falso con rostro impasible y sin bajar los ojos, tan podridas tienen sus almas, tan monstruosos, horribles e infames son. Los soldados han azotado en las calles a las mujeres. ¿Dónde está la libertad y la virtud? Han desaparecido. ¿Dónde están, naciones, vuestras almas más bellas? Las balas ya no son suficientes contra tales rebeldes; Haynán ha metido en los cañones cabezas de niños (1).

(1) Sac de Brescia. Véanse las memorias del general Pepe.

Pueblo ruso, temblando y taciturno, caminas convertido en esclavo hacia San Petersburgo, o te ves obligado a trabajar en las minas. El Polo le sirve a tu señor de calabozo enorme. La Rusia y la Siberia son las dos mitades del fúnebre imperio del czar tirano y vampiro: la una es la Oposición y la Desesperación la otra.

Los suplicios de Ancona llenan todas sus murallas. El Papa Mastai fusila sus ovejas; deja la hostia y manda hacer fuego. Simoncelli es el primero que cae, y le siguen sin temblar tribunos, soldados, apóstoles, que mueren y que van a hablar a Dios de su sacerdote.

Padre Santo, deja caer las mangas sobre tus manos... oculta tus sandalias blancas, que están manchadas de sangre, y observa cómo Borgia, el papa envenenador, te sonríe. ¿Cuántos han muerto? ¿Cuántos morirán? ¡Quién puede contar su número! Señor, no es el pastor el que guía vuestro rebaño en el mundo, es el lobo.

¡Italia, Alemania, Sicilia, Hungría! Desgraciada madre Europa, llora amargamente, porque han muerto tus mejores hijos... el honor se ha ausentado de ti. En el Mediodía se ve el patíbulo, en el Norte el osario. La luna sale cada noche tras de un sudario, y el sol se pone tras un horizonte de sangre.

Sobre los franceses vencidos pesa un Santo Oficio. El bandido que los asesina dice:—«Yo los apaciguaré.» París lava de rodillas la sangre que la inundó, y Francia, atada de pies y manos, presencia la hecatombe. Los llantos y los clamores despiertan en sus tumbas a Laubardemont que exclama: «¡Muy bien!» y a Torquemada que dice:—«¡Adelante!»

En vano combatisteis por los dere-

chos del pueblo, Batthyani, Saudor, Paerio, porque fuisteis víctimas de la tiranía; en vano sucumbió Baudin. Llorad en los bosques, llorad en las montañas, que donde Dios puso edenes, los reyes ponen presidios; Venecia es una galera y Nápoles una tumba.

La horca se levanta en Arad y en Palermo. Ahorcan a los héroes que levantarán con brazo fuerte la bandera libre y altiva ante los reyes temblorosos, mientras consagran al emperador Schinderhannes, y la lluvia cae a torrentes, mártires, sobre vuestros despojos y los cuervos se sacian...

¡Porvenir, porvenir!... ¡todo se desmorona! Los reyes, pálidos, han huido; el mar avanza, las olas se encrespan, el bélico clarín resuena en el espacio... ¡Fuga aterradora y sombría!... La tempestad arrastra los ejércitos como cenizas inflamadas... que el espanto levanta. «¡Adelante!», dice el Eterno.

Jersey, noviembre de 1852.

## XIII

## CANCIÓN

¿Dónde está la hembra? Murió. ¿Y el macho? Se lo llevó un gato y devora sus huesos. Al nido que se estremece, ¿quién volverá? Nadie. ¡Pobres pajarrillos!

\*  
\*\*

Engañado, el pastor está ausente y ha muerto al perro el lobo, que se extiende en el suelo ahito. Al redil que tiembla, ¿quién lo vigilará? Nadie. ¡Pobres corderillos!

\*  
\*\*  
El hombre está en presidio, la madre en el hospital; reina en la casa la miseria. Tiembla la pobre cuna. ¿Quién la vigilará? Nadie. ¡Pobres pequeñuelos!

Jersey, febrero de 1853.

## XIV

Es de noche; una noche adormecedora y profunda. La inmensa sombra extiende sus alas por el mundo. En vuestros alegres palacios, que defienden los cañones; en vuestros lechos de terciopelo y de damasco, pedid para calentaros bien los pies que os traigan pieles de martas, y resguardaos tras la nube de hermosas cortinas, que esconden entre sus pliegues todas las voluptuosidades con todos los olvidos.

A los ecos de una música amorosa y lejana, mientras una lámpara temblorosa se atreve apenas a alumbrar el techo de púrpura, dormid, duque de Saint-Arnaud, conde de Maupas, senadores, prefectos, generales, jueces,

príncipes, y tú, César, a quien todos adoran de rodillas; tú, que soñaste en el imperio y te apoderaste de él, dormid, señores...—Ya es de día:—Levantaos, forzados.

## XV

## CONFRONTACIONES

Hablad, cadáveres, ¿quiénes son vuestros asesinos? ¿Qué manos hendieron el puñal en vuestros pechos? Dímelo tú primero, sombra que me apareces. ¿Cómo te llamas?—Religión.—¿Quién es tu asesino?—El sacerdote.—¿Vosotros quiénes sois?—La probidad, el pudor, la razón y la virtud.—¿Quién os estranguló?—La Iglesia.—¿Quién eres tú?—La fe pública.—¿Quién te dió de puñaladas?—El juramento.—¿Quién eres tú, que duermes bañada en tu propia sangre?—Me llamo la Justicia.—¿Quién fué tu verdugo?—El juez.—¿Y tú, gigante, cuya vaina no tiene espada y en quien el barro ensucia la aureola?—Yo me llamo Austerlitz.—¿Quién te mató?—El ejército.

Bruselas, 5 de enero de 1852.

## LIBRO SEGUNDO

## SE HA RESTABLECIDO EL ORDEN

## I

## IDILIOS

*El Senado*

Vibrad, tambores y clarines. Los pájaros cantan en sus nidos. La alegría es cosa natural. Que Magnán baile una polka y Saint-Arnaud una pastorela.

*Las catacumbas de Lille*

¡Miserere! ¡Miserere!

*El Consejo de Estado*

¡Lamparillas en los plantíos! ¡lamparillas en los breñales! ¡Mezclad sables y mantillas; cantad a coro, apuestos donceles! ¡bailad en corro, hermosas jóvenes!